



Seix Barral

Martín Sivak

Vértigos de lo inesperado

Evo Morales: el poder, la caída y el reino





Seix Barral

Martín Sivak

Vértigos de lo inesperado

Evo Morales: el poder, la caída y el reino

TREINTA AÑOS DESPUÉS

El día que conocí a Evo Morales, él pensó que yo trabajaba para la CIA.

Fue una mañana de agosto de 1995 en un aula de la sede de Filosofía y Letras en la calle Puan. Yo cursaba segundo año de Sociología en otra facultad de la Universidad de Buenos Aires y trabajaba de corresponsal para el diario boliviano *Hoy*. Por cada artículo que mandaba desde Buenos Aires recibía, desde La Paz, 50 dólares estadounidenses, que valían 50 pesos argentinos. Escribía sobre los migrantes bolivianos, sobre los futbolistas bolivianos en la Argentina, sobre la primera visita de los Rolling Stones; entrevisté a Los Enanitos Verdes por su hit «Lamento boliviano», enviaba artículos sobre política argentina y sobre todo lo noticiable para el matutino paceño. Tenía 19 años y quería trabajar de periodista toda mi vida.

Evo tenía 34 años, era dirigente sindical y había viajado por primera vez en su vida a la ciudad de Buenos Aires para intervenir en un seminario de la revista *América Libre*. En Bolivia, el gobierno había decretado el estado de sitio y en el departamento de Cochabamba los cocaleros cortaban las rutas del Chapare, el territorio tropical y selvático donde se cultiva coca. En esa entrevista, Evo advirtió que los sindicatos chapareños podían armarse contra la política de

erradicar los cultivos y la Guerra a las Drogas que Estados Unidos libraba a escala planetaria. A un año y medio de su alzamiento el 1° de enero de 1994 al sur de México, el zapatismo representaba, para la izquierda latinoamericana, la posibilidad de un cambio social.

En los dos días siguientes tomamos juntos el colectivo 132 y Evo conoció el centro de la ciudad de Buenos Aires, que en agosto de 1995 los argentinos seguíamos llamando Capital Federal. Caminamos por calles y avenidas, comimos pizza y continuamos la charla. Se quedó sin dinero —no había celulares y se había gastado los viáticos en locutorios desde donde seguía, vía telefónica, el conflicto en Cochabamba— y me pidió que le consiguiera libros sobre el zapatismo, como los exhibidos en los stands del seminario de *América Libre*.

Cuando nos separamos, se despidió con un bolivianismo que adopté con el tiempo:

—No te pierdas.

* * *

Durante las décadas de 1990 y 2000, Bolivia se convirtió en algo así como mi segunda vida, si eso pudiera existir.

Viajaba dos o tres veces al año para realizar entrevistas, visitar archivos, consultar hemerotecas y bibliotecas. Los dos primeros libros que publiqué fueron sobre dos militares expresidentes de Bolivia. Un general cochabambino de izquierda, Juan José Torres, y un general cruceño de derecha, Hugo Banzer. Venido del enclave más blancoide del Oriente boliviano, Banzer dio en La Paz el golpe que derrocó a Torres en 1971, y en 1976 mandó matar al expresidente en su exilio de Buenos Aires.

El asesinato de Juan José Torres nació de un conjunto de notas que había preparado para *Hoy*. El dueño del diario, Samuel Doria Medina, era un empresario cementero, varias veces candidato presidencial vencido o mecenas de candidaturas malogradas. Decidió no publicar mis notas sobre el magnicidio de Buenos Aires porque había trabado una alianza política con Banzer.

Mi primer libro fue presentado en 1997, en la misma semana de agosto en que Banzer se convirtió en el primer dictador latinoamericano en volver a la presidencia. Esta vez, por las urnas. Había ganado las elecciones del 1° de junio como candidato del partido Acción Democrática Nacionalista (ADN). Con solo el 22,6 % de los votos, superó a cuatro rivales que habían conseguido menos de 20 puntos cada uno.

Un año más tarde, Baltasar Garzón ordenó desde Madrid la detención de Augusto Pinochet, que se encontraba en Londres. El magistrado del Juzgado Central de Instrucción n.º 5, de la Audiencia Nacional, había activado la jurisdicción extraterritorial de la Justicia española en materia de delitos imprescriptibles. El juez buscaba indagar al exdictador y senador vitalicio chileno por los crímenes de lesa humanidad en el marco de la alianza pactada entre las dictaduras del Cono Sur para coordinar la defensa militar, garantizar la seguridad nacional y compartir inteligencia.

En lo inmediato, el Plan Cóndor había sido una mutual cooperativa para reprimir a la oposición política armada y secuestrar y matar opositores, adversarios, disidentes y cualquier enemigo de las dictaduras aliadas. La causa judicial abierta por Garzón habilitaba la posibilidad de investigar delitos por los cuales Banzer nunca antes había sido procesado.

En la mañana del 26 de noviembre de 1998, Garzón me tomó declaración en su despacho de la calle Génova, de

Madrid. También dieron su testimonio familiares de personas asesinadas o desaparecidas durante el llamado Banzerato (1971-1978). Pude aportar documentos y cintas nunca antes difundidas que confirmaban una evidencia que Banzer había negado hasta entonces: su participación en el Plan Cóndor. Las pesquisas del juez Garzón tuvieron alto impacto en Bolivia. En una insólita conferencia de prensa, el presidente boliviano me señaló: «Está perturbando el proceso democrático en Bolivia». Le contesté mediante una carta pública donde recapitulaba sumariamente todas las evidencias en su contra. Esa carta pertenece a un género del que ahora abomino: periodistas que establecen conversaciones de pares, de igual a igual, con jefes de Estado.

Ya me encontraba embarcado en escribir la biografía no autorizada de Banzer. Lo decidí la mañana paceña en que, desde uno de los balcones de la Cámara de Diputados, presencié en el Congreso la jura del exdictador como presidente constitucional. Fue un instante estremecedor, decisivo. Todavía hoy me pregunto el origen de mi obsesión y de mi ira.

El dictador elegido me insumió cuatro años. Para contrarrestarlo, los banzeristas encargaron a Alfonso Crespo la biografía autorizada. *Banzer, el destino de un soldado* fue impreso en Buenos Aires, en edición de autor, a principios de 1999. El 24 de marzo intenté cubrir la presentación de este libro oficial en el moderno hotel Radisson de La Paz, entonces propiedad de la secta Moon. El jefe de custodia de Banzer me impidió ingresar, a pesar de que estaba acreditado como periodista por la revista donde trabajaba:

—Usted no puede pasar porque va a arruinar el acto —dijo.

Me llevó a un salón contiguo para hacerme preguntas. ¿Cuándo llegó? ¿Dónde está viviendo? ¿Qué quiere? Rehusé

responder el cuestionario extrajudicial y, cuando le pregunté las razones de su conducta, me volvió a sorprender:

—¿Vio lo que pasó en Paraguay?

El día anterior, en Asunción, un grupo de sicarios de una facción del gobernante Partido Colorado había asesinado en la calle a Luis María Argaña, vicepresidente de la república.

A continuación, les indicó a dos de sus hombres que me escoltaran por el ascensor de servicio hasta la salida del hotel. Un tercero, sin ningún disimulo, con una máquina vieja, sacó fotos con flash. Caminé indignado hasta la casa del dueño de la editorial que iba a publicar mi biografía no autorizada. Le conté lo sucedido a José Antonio Quiroga, gran amigo de todos estos años. Después llamé al entonces jefe de Redacción en un diario de La Paz. Me dijo que debíamos suspender la cena que habíamos acordado para esa noche:

—Hubo un atentado contra Banzer en el Radisson y me quedaré hasta el cierre.

Sentí mi respiración acelerarse. Recordé el cuestionario, la invitación a retirarme, la comparación con el asesinato de Argaña, el fotógrafo.

Le relaté por teléfono lo que había pasado y me pidió que me quedara donde estaba; él iba a hablar con dos personas muy próximas a Banzer.

A los diez minutos llamó.

—Eres el principal sospechoso, me dijeron. Tienes que aislarte en una embajada o ir a la Embajada argentina. Son delirantes y te odian: son capaces de detenerte.

Lo llamé a Evo Morales, que ya era diputado nacional, y a Roberto Moscoso, presidente de la Comisión de Derechos Humanos del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR, segundo partido más votado en las presidenciales de

junio). Me aconsejaron que, a primera hora de la mañana, fuera a la Embajada argentina para informar de la situación.

—Tranquilo, hermanito —me calmó Evo—, con las Federaciones del Trópico no te vamos a dejar solo.

Pasé la noche en vela y redacté una suerte de informe con los sucesos del día anterior. En la Embajada argentina, un funcionario me dijo que la embajadora Zelmira Mireya Emilse Regazzoli hablaría con el canciller de Banzer y me dio las garantías del caso para seguir trabajando los cinco días que quedaban hasta mi vuelo de regreso a Buenos Aires. Al salir compré los diarios. «Pequeña bomba explotó cerca del presidente Banzer», tituló *La Prensa*. El explosivo detonó a 300 metros del Radisson y el gobierno informó que encontraron cartuchos de dinamita en uno de los baños del hotel. «Fue el chiste de alguna persona destinado a empañar el acto de presentación del libro», declaró Guido Nayar, el ministro de gobierno.

Los chistes siguieron. Como en una película de espías clase B o C, dos personas y una camioneta empezaron a acompañarme esos días finales. O disimulaban mal o querían que lo supiera.

Tenía 23 años y fue la primera y tal vez la única vez que, por mi trabajo de periodista, sentí miedo. Pensé que podía pasar una temporada en Chonchocoro, una cárcel a casi 4000 metros sobre el nivel del mar. Imaginé, también, cosas peores. Pero la fijación con Banzer, que ocupó cada día durante siete años de mi vida, pudo más que cualquier otra cosa.

En agosto de 2000 viajé por un mes a La Paz y a Santa Cruz para terminar la investigación del libro. En La Paz me alojaba en Zona Sur, en la casa de Rodrigo Quiroga. Durante el período legislativo de 1979, su padre, el diputado socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz, impulsó en el Congreso el juicio de responsabilidades por los siete años de dictadura de Ban-

zer. Le costó la vida. Murió asesinado en 1980. El 17 de julio cayó la presidenta interina Lidia Gueiler: el general Luis García Meza lideró ese golpe de Estado apoyado por las Fuerzas Armadas, la dictadura argentina y el narco. La familia Quiroga me dio acceso a una habitación llena de documentos: materia prima para el juicio de responsabilidades y para mi libro.

Con una idea novelesca o romántica del periodismo, creía que mi misión en la vida era escribir sobre Banzer, sobre sus crímenes y sus venalidades. Imaginaba diálogos con el presidente y soñaba con él a menudo. Pude hablar con Banzer por única vez en Buenos Aires, el 10 de diciembre de 1999, en el cóctel que celebraba la asunción a la presidencia de su par argentino Fernando de la Rúa.

—Presidente, hace tres años que pido una entrevista con usted —le dije a Banzer al abordarlo en uno de los salones del Teatro Colón.

—¿Y para qué quiere hablar conmigo? —preguntó.

—Estoy escribiendo su biografía.

—Si usted no me conoce —contestó con sorpresa.

El edecán, única persona que acompañaba al presidente de Bolivia, cerró la posibilidad: «El General no lo va a atender». Y nunca me atendió.

Entre enero y julio de 2001 redacté casi 400 páginas a una velocidad inusual para mis estándares: al biografiado le habían detectado un tumor en el pulmón y muy probablemente renunciaría ese mismo año a la presidencia. Casi en simultáneo, a mi madre se le declaró un cáncer en el mismo órgano. Me propuse terminar el libro antes de la fecha de muerte inminente. El dictador elegido está dedicado a ella.

* * *

Durante la presidencia de Banzer, Evo se convirtió en Enemigo Público N° 1. Para dar cumplimiento aritmético al cometido sintetizado en el lema *Coca Cero*, Banzer se propuso erradicar la coca de las 47 000 hectáreas donde se cultivaba, y militarizó el Chapare con el apoyo abierto y enfático de Estados Unidos. Desde su banca, y en el territorio, Evo organizó la resistencia a la erradicación forzosa. Lo acusaron de narcotraficante, de ser el primer eslabón, el mejor aliado, el mayor canciller del narcotráfico; lo llevaron ante la Justicia con cargos de asesinato, de instigación al crimen, de alzamiento armado, de destruir bienes del Estado, de manejar borracho; se burlaron en público de que no supiera sumar, de cómo hablaba, de lo que decía cuando hablaba; le regalaron una Biblia y una Constitución para civilizarlo.

Evo denunció a Banzer por los crímenes de la dictadura, dijo que era el peor presidente de la historia de Bolivia y lo acusó de corrupción y de vínculos con el narcotráfico. «Si Banzer no quiere coca, habrá lucha armada», declaró en octubre de 2000. Los diputados de ADN buscaron cómo expulsarlo del Congreso por desacato y sedición. «Muerte civil», propuso el partido de Banzer.

El 23 de enero de 2002, Morales fue expulsado de su banca. Lo responsabilizaban por la muerte de dos agentes de policía durante los conflictos que siguieron al cierre del Mercado de hoja de coca en Sacaba, Cochabamba.

Acompañé a Evo durante la huelga de hambre que empezó en el Congreso. Dormía en un colchón maltrecho y, a su lado, una cartulina proponía el cierre del Poder Legislativo. Disminuido físicamente, sabía que su expulsión, de una institución desprestigiada y por obra de políticos desprestigiados, contribuiría a su primera campaña presidencial, que estaba por comenzar.

El dictador elegido. Biografía no autorizada de Hugo Banzer Suárez se presentó en la Feria del Libro de La Paz en agosto de 2001. «El libro de Sivak es la estrella de la VI Feria: los primeros 3000 libros se agotaron en poco más de una hora. Hubo aglomeración», tituló en una parte de la tapa el matutino *La Razón*.

Los banzeristas respondieron con furia. Una de las personas más próximas al biografiado, el novelista cruceño y ministro de Informaciones Manfredo Kempff Suárez, me dedicó varios adjetivos distribuidos en dos columnas: impostor, inventor de historias truculentas, impertinente, mercenario extranjero, embustero, joven despistado, escritor de truculencias.

Lo de *mercenario* se volvió un clásico. La semana de la presentación del libro tuve un acalorado debate en televisión con Fernando Kieffer. El exparamilitar y ministro de Defensa durante la segunda presidencia de Banzer me acusó en «De cerca», el popular programa que conducía el luego presidente Carlos Mesa, de estar pagado por el MNR, de hacer proselitismo, y de otros cargos agraviantes. En uno de los cortes, me apuné y Mesa me rescató con mates de coca en su despacho. Desde el colegio primario que no había estado tan cerca de terminar a las trompadas con alguien. El gesto de desprecio mutuo con Kieffer fue no darnos la mano al final del programa.

Después de la presentación del libro declaré durante tres horas en Buenos Aires, ante el juez federal Rodolfo Canicoba Corral, que investigaba el Plan Cóndor. Con el abogado querellante Alberto Pedroncini procuramos que la veta boliviana quedara incorporada en la causa. En diciembre de 2001, la Justicia federal argentina pidió la captura internacional de Banzer por su presunta participación en el Plan Cóndor.

Nunca nadie había llegado tan lejos con el exdictador. Banzer suspendió su tratamiento médico en Estados Unidos y quedó atrapado en Santa Cruz de la Sierra. Murió el 5 de mayo de 2002. Mi madre murió cuatro meses más tarde.

Para Evo, me había convertido en el jovenzuelo, el *ka-rita* (así me llamaba: el «blanquito») que le sacaba la mugre a Banzer.

—En esa época yo te perseguía a ti, te veía en la televisión, como cuando te gritaste con el Kieffer —me dirá años más tarde con modestia fingida—. Ahora me persigues a mí.

En el invierno de 2002 pasé varias semanas en La Paz para cubrir el desenlace de la elección presidencial de ese año. Trabajaba para el Canal 4 de Londres. Con el documentalista británico Sean Langan, de la serie *Travels of a Gringo*, viajamos durante ocho meses desde Buenos Aires hasta Tijuana. Durante la campaña electoral boliviana, Manuel Rocha, embajador de Estados Unidos en La Paz, había comparado a los cocaleros con los talibanes. Y anunció que, si Morales ganaba la presidencia, Washington suspendería la ayuda a Bolivia. El candidato le agradeció y dijo que se había convertido en su jefe de campaña porque esa declaración solo le ayudó a sumar votos. Seguramente no sabía que Rocha era un espía cubano que hizo una carrera descollante en el Departamento de Estado y fue condenado a quince años de prisión en abril de 2024.

Durante la campaña presidencial de 2002, le propuse a Morales grabar una entrevista en la puerta de la Embajada de Estados Unidos en La Paz. Fuimos en el Nissan plomo (en Bolivia no se dice *gris*) que había usado para la campaña: casi no había presupuesto para viajes en avión. De camino, Evo me ofreció ser su embajador en Buenos Aires si llegaba a la presidencia (la elección era indirecta y, salvo mayoría

absoluta, el Congreso elegía al presidente entre los dos candidatos más votados). Le agradecí, pero le recordé que los embajadores tenían que ser bolivianos, de acuerdo con la Constitución Política del Estado (CPE).

—Hermanito, las reglas están para cambiarlas —respondió.

Langan le pidió una embajada. Fue la primera persona que me sugirió que hiciera un libro sobre Evo. Cuando en ese viaje lo empecé, lo único que sabía era que no quería escribir una biografía clásica.

* * *

En diciembre de 2005, Evo ganó la elección presidencial con un aplastante 54 % de los votos. Así llegó a su fin la democracia pactada entre grandes partidos y los caudillos *k'aras*, imperante desde 1982, y en la que Banzer había sido un pilar decisivo.

Yo nunca había creído que esa victoria fuera posible. Existe una jactancia, la de quienes anticipan grandes carreras, conocen de antemano de dónde saldrán los futuros presidentes. Es una jactancia de la que no puedo presumir. Siempre temí que a Evo lo mataran o que le plantasen dos kilos de cocaína para arruinar su ascenso. La primera vez que hicimos un viaje juntos, él no despachó equipaje a bodega: era su regla para evitar que le plantaran drogas o dinero en su valija.

Ya instalado Morales en el Palacio Quemado a comienzos de 2006, le pedí pasar con él la mayor cantidad de tiempo posible y así verlo gobernar para poder escribir el libro. Un testigo que pregunta lo mínimo indispensable y pasa lo más inadvertido posible en la cotidianidad de un jefe de Estado.

Durante los dos años que siguieron viajé con él por toda Bolivia, pasé meses en el Palacio Quemado, formé parte de las exiguas comitivas presidenciales en las giras por África, Estados Unidos y América Latina. Lo vi dormir y despertar sobresaltado, contándome que había soñado con la DEA; lo vi interactuar con José Luis Rodríguez Zapatero, con Hugo Chávez, con Muammar al-Gaddafi; lo oí gritarle, en una reunión de Gabinete, a un ministro que había comprometido un gasto sin autorización del Ejecutivo; lo escuché decirle «de tus manos, hasta veneno» a una camarera que le había dado a elegir entre café o jugo; lo oí disertar sobre las diferencias entre las llamas y los hombres.

En 2008 se publicó *Jefazo. Retrato íntimo de Evo Morales*. Evo nunca lo leyó. Le contaron que yo relataba ahí algunas de sus discrepancias con el vicepresidente Álvaro García Linera, y otras cosas más que no le gustaron.

—¿Por qué escribes eso? —me preguntó en un salón del Palacio Quemado.

—Porque son así —le contesté.

Lo que más le molestó fue una foto suya con el embajador de Estados Unidos, David N. Greenlee. Su sucesor, Philip Goldberg, fue declarado persona no grata y expulsado en septiembre de 2008, por conspiración. El diario opositor *La Prensa* encontró en *Jefazo* una recopilación para generar un título principal: «Revelan que Morales maltrata a sus ministros».

El libro tuvo más lectores que lo esperado. En Bolivia se hicieron ediciones piratas y en la calle se vendía en formato de bolsillo, que no existía en la versión original. Se tradujo al inglés, francés, italiano y chino, y viajé a presentaciones en Nueva York, Shanghái y Pekín.

En la de Manhattan, en un teatro en Midtown, Evo contó por qué dejó de pensar que yo era un agente de la CIA:

—Le sacaba la mugre al Banzer.

Esa noche tuvimos una velada más emocional que lo habitual. Evo evita siempre esos desbordes y yo tengo serios problemas para reprimirlos. Terminamos discutiendo por sus elogios al presidente iraní Mahmud Ahmadineyad.

—En Irán, vos estarías encarcelado por el régimen o ya te habrían matado —le dije gracias a la desinhibición que puede producir el Sauvignon Blanc.

—Tantos años viviendo acá y te están lavando el cerebro —contestó.

El tercer comensal, el canciller David Choquehuanca, terció en su favor.

—¿Por qué haces un doctorado sobre América Latina en los Estados Unidos de Norteamérica? —preguntó.

—Ya muchos años con el doctorado, ¿no estudias acaso? Voy a desconfiar de ti —dijo Evo.

Algo había de muy cierto en lo que decían.

* * *

A ciento ochenta años de la fundación de la República de Bolivia en 1825, Juan Evo Morales Ayma, de ascendencia aimara por padre y madre, fue el primer indígena en ser elegido presidente en un país que en el censo poblacional de 2001 se autopercibió como indígena en un 62 %. Acompañaron ese poderoso simbolismo dos medidas de gobierno que tuvieron un gran impacto social. Poco después de asumir, nacionalizó la explotación de los hidrocarburos (la exportación de gas y petróleo es vital para la economía boliviana) y convocó una Asamblea Constituyente para redactar una nueva Constitución Política del Estado (CPE), que después fue refrendada por el voto popular. En Bolivia, la repúbli-

ca fue reemplazada por el primer Estado Plurinacional de América.

El presidente había dado inicio a la mayor serie de reformas de igualación e inclusión social, y de revolución política que conoció América Latina en el siglo XXI. Ninguno de los gobiernos de la llamada «izquierda populista» u «ola rosa», dos denominaciones, sin embargo, un tanto despectivas que engloban a Néstor Kirchner, Hugo Chávez, Luiz Inácio Lula da Silva y Rafael Correa, consiguió en Sudamérica los cambios que, para Bolivia, movilizaron las sucesivas administraciones de Morales.

El ciclo virtuoso se tradujo en reducción de la pobreza y de la desigualdad y en una mejora de cada una de las variables que miden la vida económica y social. La economía del país creció de manera sostenida, con baja inflación, estabilidad monetaria y paridad cambiaria. Se emprendieron y concluyeron grandes proyectos de infraestructura. Después de dos nuevas victorias en las elecciones presidenciales, el Movimiento al Socialismo (MAS), como partido gobernante, pudo resentir un anquilosamiento en sus funciones como *instrumento político* del Proceso de Cambio.

La desafortunada decisión de buscar las soluciones al problema de la sucesión y de la organización partidaria en una reforma de la Constitución fue el comienzo del fin del ciclo virtuoso. Después de semanas de crispación entre la sociedad boliviana y un presidente acusado ante la Justicia por una ex-colaboradora de haber abandonado al hijo de ambos, el 21 de febrero de 2016 Bolivia dijo NO a la voluntad del MAS. Ese domingo votó por la negativa a la convocatoria de una Constituyente, en una consulta popular que le propuso el gobierno.

Si el oficialismo hubiera ganado y si, una vez en sesiones la Asamblea Constituyente, el MAS hubiera contado con

el número de convencionales necesario, esa mayoría habría podido votar la reforma del texto constitucional de 2009. Y dotar de estatuto constitucional al derecho de repostularse para una función pública a cualquier ocupante de un cargo electivo. Evo, así, habría podido competir por la presidencia tantas veces sucesivas como un partido lo eligiera como su candidato presidencial.

No hizo falta. En un fallo controversial, el Tribunal Constitucional Plurinacional (TCP) lo habilitó para competir, remitiendo a jurisprudencia sobre derechos políticos establecida por la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH).

Con el correr de los años, a medida que la *pax* masista se fue dando por sentada, el prestigio del gobierno comenzó a deshidratarse para un electorado que, sin embargo, en su mayoría parecía satisfecho. El culto a la personalidad presidencial, la ininterrumpida presencia de Evo Morales en la radio y la televisión estatales, las gigantografías en la vía pública y los teleféricos paceños que anunciaban nuevas obras emprendidas, inauguradas o entregadas por el Estado, los casos de corrupción de corporaciones y asociaciones que trabajaban con fondos públicos contribuían a la erosión de la figura del presidente. El electorado masista no se dispersó, pero inició su deriva corporativa. En las clases medias urbanas educadas, la frustración despuntaba en irritación, porque el Proceso de Cambio, que había elevado a una velocidad crucero, ya no aceleraba.

Entre el lanzamiento de *Jefazo* en 2008 y la consolidación de Morales como el presidente boliviano que más duró en el cargo pasaron diez años. En ese período, lo frecuenté más espaciadamente y viajé bastante poco a Bolivia. Cada vez que él se trasladaba a la ciudad donde yo vivía, fuera

Nueva York o Buenos Aires, repetíamos la rutina de cuando escribía *Jefazo*. Yo pasaba esos tres o cuatro días acompañando su agenda diaria, que comenzaba a las 5 de la mañana y terminaba a medianoche. No todo era alta política: también trotábamos, jugábamos al fútbol, siempre en competencia casi infantil.

Cada tanto escribía un artículo sobre Evo, y hacia 2014 agregué dos capítulos a la edición actualizada de *Jefazo*. Pensé que nunca más escribiría un libro sobre Morales o sobre Bolivia.

* * *

En mayo de 2019 me encontré con Noah Friedman-Rudovsky en un restaurante de Palermo, en Buenos Aires. Noah vivió más de catorce años en Bolivia, donde trabajó como fotógrafo personal de Evo durante los primeros años de la presidencia y para distintos medios, como *The New York Times*. Compartimos muchos viajes en Bolivia, una gira por Nigeria y Cuba, y varias de sus visitas a Estados Unidos. Durante el almuerzo, nos entusiasmos con la idea de hacer un registro audiovisual de la campaña de Evo para octubre de 2019. En su cuestionada cuarta postulación al frente del binomio del MAS, los sondeos de intención de voto lo hacían presidente en primera vuelta.

Para mí, era como un regreso a esa adrenalina de los aviones, al helicóptero presidencial y a correr dieciocho horas al día en suelo boliviano. Por entonces trabajaba en un grupo editorial y como docente universitario. Unos años antes había publicado unas memorias sobre la vida y la muerte de mi padre y había escrito, aunque no publicado todavía, una novela del género autoficción. Como esos dos libros es-

taban bastante centrados en mí, volver al campo, a las multitudes, a una de las grandes narraciones latinoamericanas del siglo XXI —la Bolivia de Evo Morales— me hacía salir de aquel mundo interior, de sus agobios, sus rulos tantas veces inconducentes.

Gracias a un subsidio de la Bertha Foundation, en septiembre de 2019 empezamos a filmar. Le explicamos a Evo cómo sería esa suerte de *Jefazo* audiovisual. Yo desconocía absolutamente todo sobre este formato. En un primer periplo de diez días, subimos a más de 30 vuelos en aviones y helicópteros presidenciales. Empecé un diario de filmación, una bitácora de los días que pasaban.

El material filmado resultaba interesante por el acceso a la figura del presidente y su día a día en *close-up*, pero faltaba tensión, drama. No había llegado a esta conclusión aún y ya la historia era otra: un relato donde todo era tensión, drama, alarma, sorpresa, peripecia y giros inesperados.

* * *

En la noche del 20 de octubre de 2019, el escrutinio de los votos de la elección presidencial boliviana se vio interrumpido cuando Evo Morales estaba 7 puntos arriba de Carlos Mesa. Sin embargo, a esa hora el Movimiento al Socialismo-Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos (MAS-IPSP) no tenía todavía el 50 % + 1 de los votos, ni tampoco le llevaba 10 puntos de ventaja a Comunidad Ciudadana (CC). Si estos porcentajes se mantenían, habría segunda vuelta con eventuales riesgos de derrota para el gobierno.

Superado el apagón, al día siguiente se reanudó y finalizó el recuento. La ventaja de Morales sobre Mesa había

crecido hasta más de un 10 %. Evo anunció su victoria, y su reelección. La oposición se lanzó a las calles. Denunciaba un fraude y reclamaba votar en segunda vuelta.

Día tras día, las protestas se volvieron más sonoras y desafiantes en las semanas que siguieron a la jornada electoral del domingo 20 de octubre. La tensión política y social, regional y territorial, urbana y rural, occidental y oriental, sindical y corporativa, étnica y cultural, civil y militar, no hizo más que aumentar. Los reclamos sectoriales crecieron en espiral. El acuartelamiento policial aceleró la inminencia de un posible golpe de Estado. La violencia y la presión sobre el Poder Ejecutivo para que renunciara antes de completar el mandato se tornó irresistible el 10 de noviembre. Ese día, el secretario general de la Central Obrera Boliviana (COB) y el comandante en jefe de las Fuerzas Armadas formularon y leyeron en vivo por televisión sus terminantes sugerencias de renuncia.

Llegados desde La Paz al Trópico de Cochabamba, Morales y García Linera anunciaron su dimisión desde la sede sindical de las federaciones cocaleras del Chapare. El riesgo de un magnicidio hizo que después buscaran y hallaran refugio monte adentro.

* * *

El día del golpe, pasé toda la noche haciendo llamadas inútiles desde Buenos Aires. Estaba convencido de que iban a matar a Evo. Como si en la primera semana de noviembre de 2019 finalmente se fuera a confirmar lo que pensé durante tantos años. Me cayó encima como un yunque el antiguo miedo de cuando escribía sobre Banzer.

Enviado por el presidente Andrés Manuel López Obrador (AMLO), un avión del gobierno mexicano llevó a Evo y

a Álvaro hasta la Ciudad de México y terminó por salvarles la vida. El operativo, que fue calificado como cinematográfico, activó proyectos audiovisuales de ficción y no ficción (más sobrios unos, menos sobrios otros).

En un cuartel militar de la Ciudad de México vi, por primera vez en veinticinco años, a un hombre arrasado. No solo había perdido la presidencia. Aun la autoridad personal de Evo iniciaba un lento eclipse parcial dentro del MAS.

Continuó la saga de sucesos imprevistos. Un viaje a Cuba en avión no comercial (que debía ser secreto, pero no lo fue), la reunión en La Habana con Raúl Castro y con Nicolás Maduro, la mudanza a Buenos Aires para instalarse en casa de la madre de uno de mis mejores amigos, los debates para decidir la fórmula de la candidatura del MAS en la siguiente elección presidencial, un acto multitudinario en el estadio de Deportivo Español para despedir su presidencia, el inicio de la campaña electoral. Fue entonces cuando llegó la pandemia, con sus derivaciones, restricciones y consecuencias.

Durante ocho meses de 2020, en los que Evo no salió ni a la esquina de la casa, pasé días enteros jugando al ajedrez, haciendo abdominales, viendo nuevos y viejos partidos por TV y llenando el aire con nuestros recuerdos y con sus planes para un retorno a Bolivia cada vez más remoto. Lo vi derrumbarse en agosto de 2020, con la muerte por covid de su hermana Esther, a quien consideraba una madre. Hubo, también, denuncias en su contra por estupro y supuestos hijos en el marco de los más de treinta procesos judiciales que le iniciaron.

En esa precariedad, pensé que Evo podía quedarse en la Argentina por muchísimos años. Que abriría en Buenos Aires un local para vender pescado frito, junto con los otros restaurantes paisanos en la calle José León Suárez de Liniers,

un puesto en la Esteban Bonorino que atraviesa la Villa 1-11-14, en el Bajo Flores, o en Villa Celina, ya en el ancho Conurbano. Un Evo que se integraría a la vida social y deportiva en su nuevo país de residencia.

Ahí también erré en el cálculo.

El 18 octubre de 2020, Luis Arce Catacora y David Choquehuanca Céspedes arrasaron en las elecciones bolivianas y ganaron en primera vuelta. Con el 55,11 % de los votos, la fórmula presidencial del MAS superó por casi 27 puntos de ventaja a la de Comunidad Ciudadana (CC) de Carlos Mesa y Gustavo Pedraza.

Semanas después del batacazo electoral, Evo emprendió el regreso. Entró a Bolivia por tierra y durante cuarenta y ocho horas peregrinó en caravana hasta el Trópico de Cochabamba. Cientos de miles de entusiastas lo esperaban para una celebración en el aeropuerto de Chimoré. En la misma pista desde donde, 365 días exactos antes, había despegado rumbo a México el avión oficial enviado por AMLO.

Parecía un cierre perfecto para un año en el que Morales había estado en ninguna parte. Algo muy ambiguo flotaba en el aire. Evo volvía con un poder acotado, con tensiones internas destinadas a permanecer irresueltas y la vida nueva de no ser presidente. Repetía que estaba entusiasmado con montar un criadero de peces.

Cuando en el invierno de 2022 volví para conocer la cotidianidad tropical de un expresidente, me encontré con un político en campaña para retornar a la presidencia, que dedicaba unas pocas horas semanales a su criadero ictícola. La riña sin victoria y sin tregua con Luis Arce fue la carne y las espinas de cada día de tres años sin fin. Ni siquiera las elecciones de 2025 —que caerán en el año del Bicentenario— garantizarán un nuevo orden interno.

En algún momento, pensé que *Jefazo* era una épica de la llegada a la presidencia y la mística de los primeros años de Evo Morales, y que *Vértigos de lo inesperado* sería un drama del derrumbe, las degradaciones y el despoder. Finalmente, resultó una aproximación a la intimidad, un ensayo sobre el ejercicio del poder, el relato de una megalomanía, de la obsesión por aferrarse a la jefatura del Estado y por recuperar en las presidenciales de 2025 todo lo que creía que le habían arrebatado.

Desde la llegada de Evo a su exilio argentino, hice de chofer, de telefonista, de *sparring deportivo*, de agente inmobiliario, de rival de ajedrez, de editor del libro de campaña *Volveremos y seremos millones* y, sobre todo, de compañía. Escuché planes, secretos temerarios y descabellados, vi más de cerca su vida amorosa, la desolación, la euforia contenida. En paralelo, registré todo lo que pude.